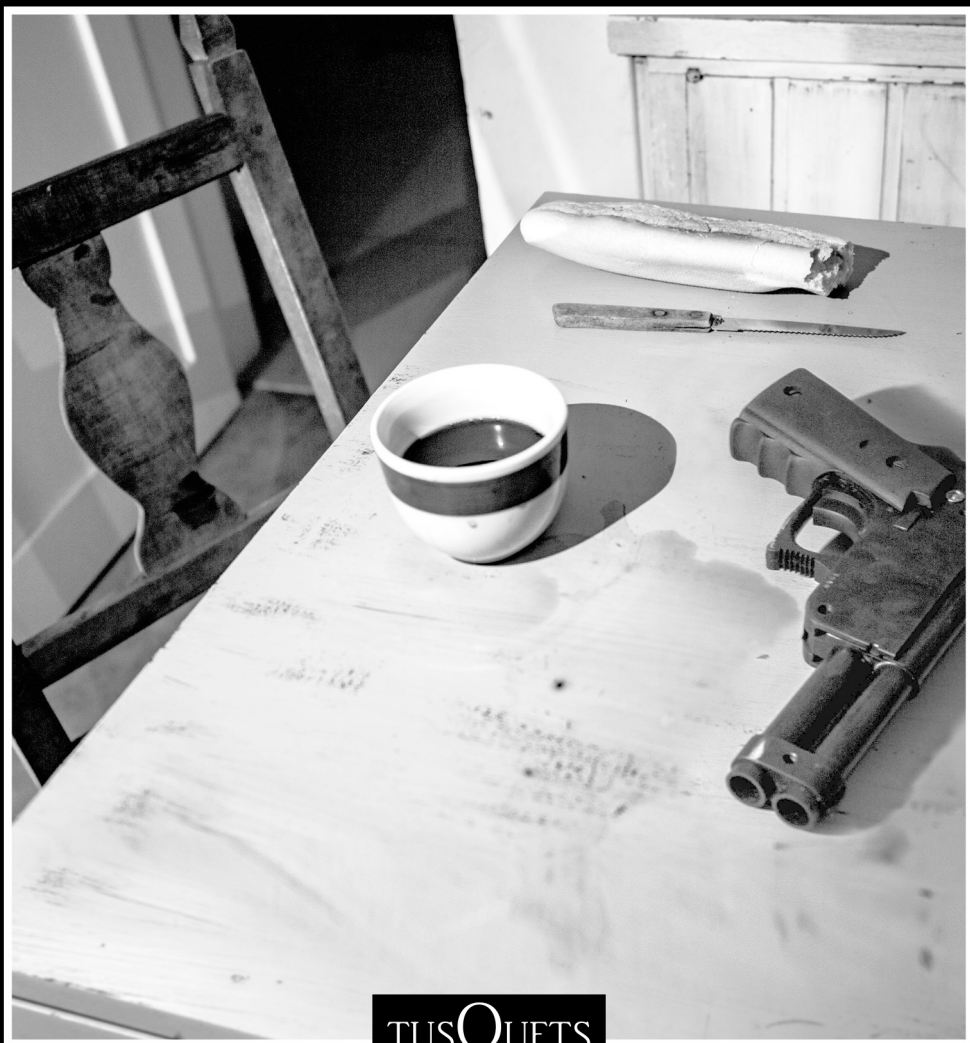


Elvio E. Gandolfo

# UN ERROR DE LUDUEÑA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ELVIO E. GANDOLFO  
UN ERROR DE LUDUEÑA

TUSQUETS  
EDITORES

Gandolfo, Elvio

Un error de Ludueña / Elvio Gandolfo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2022.

136 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-670-693-3

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título.  
CDD A863

1.<sup>a</sup> edición: mayo de 2022

© 2022, Elvio Eduardo Gandolfo

Todos los derechos reservados

© 2022, Tusquets Editores S.A.  
Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.  
info@tusquets.com.ar

ISBN: 978-987-670-693-3

2.000 ejemplares

Impreso en Primera Clase,

California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

## Un error de Ludueña

### I

Ludueña vive en la piecita que está al fondo del patio, encaramada a una estrecha escalera de metal.

Si se mira al espejo, ve un rostro delgado y oscuro, cercano a los cuarenta años, una boca delgada, tres arrugas profundas en la frente si levanta las cejas, el pelo muy negro y bien peinado hacia atrás, ojos como botones de vidrio negro.

La dueña es pequeña, de pelo blanco. Vive adelante, en la casa propiamente dicha. Nunca le preguntó a Ludueña en qué trabaja ni intentó averiguar sobre la vida anterior o externa a la pensión. Ludueña le agradece con una cortesía cercana a la amistad.

Aunque está perfectamente peinado, Ludueña se pasa un peine por el pelo, lo guarda en un bolsillo del saco, se aparta del espejo y se escruta con cuidado, inmóvil. Luego toma un pequeño fajo de billetes que hay sobre la cómoda, cruza el patio, mira distraídamente el limonero al pasar, atraviesa el corto pasillo que da a la calle y saluda a la dueña, que está sentada en un sillón de mimbre junto a la puerta. Ella contesta mostrándole por un instante la dentadura blanca, perfecta.

Mira la hora en la torre de la iglesia cercana. Tiene tiempo, decide ir caminando.

Mientras se acerca al centro el tráfico se espesa, desaparecen las sillas o la gente parada junto a las puertas, se oscurece el tono de las paredes, crece el ruido.

Llega al bar de Malabia y Bunsen con cinco minutos de adelanto. Por las dudas pasea la mirada sobre las mesas, sabiendo de antemano que Goncalves no está. La mesa de siempre la ocupa una pareja joven. Elige otra junto a la ventana. Mientras esquivo con lentitud las mesas y las sillas alza una mano y el mozo, accionando palancas en la máquina express, envuelto en una nube de vapor, levanta las cejas y sonríe un instante.

Goncalves entra a las seis en punto. Ludueña no puede evitar mirarlo con simpatía. Es un hombrecito perfectamente proporcionado en su pequeñez, con un bigote finísimo sobre la boca delgada y estirada hacia atrás en las puntas, como haciendo una mueca escéptica. A Ludueña le es imposible imaginarlo sin el impecable gabán a cuadros y el portafolio bajo el brazo derecho. Los ojitos de Goncalves lo enfocan aun antes de entrar, y la mueca escéptica se acentúa un poco, tratando de convertirse en sonrisa, mientras va hacia la mesa con una decisión muy distinta al calmoso balanceo de Ludueña.

Goncalves se sienta con tres movimientos secos. Saca un par de anteojos del bolsillo, se los coloca, y los ojitos se agrandan, aumentando la sensación de nitidez del rostro.

—Lo llamé por un trabajo.

—Bueno, ya vemos —Ludueña hace un gesto al mozo y pide dos cafés y una medialuna. En esos pocos

instantes recuerda la extraña urgencia de Goncalves, el llamado a las dos de la tarde, en plena siesta, la voz delgada de la dueña gritando su nombre desde el patio. Mientras apoya la espalda contra la silla y estira un poco los pies bajo la mesa, hace un rápido cálculo mental.

—Hace dos meses que no me muevo —dice como para sí mismo.

—Y pico —agrega Goncalves—. Lo último fue lo de Bruguerras en Brasil.

Quedan en silencio, esperando los cafés, mirando la calle, moviendo de vez en cuando la cabeza para alargar la imagen de alguna mujer.

Cuando llega el mozo, Ludueña parte la medialuna en varios trozos y hunde dos o tres en el pocillo. Revuelve un poco y los alza con la cucharita. Así como él no puede evitar la simpatía cuando ve a Goncalves, Goncalves no puede evitar el disgusto ante lo que una vez llamó la «maldita manía» de Ludueña. Aguarda con un leve temblor del bigote, se saca los anteojos, como si estuviera viendo un espectáculo indecente, y para disimular se frota los ojos, como si los tuviera cansados. Se vuelve a calzar los anteojos.

—¿Terminó? —pregunta.

Ludueña asiente, revolviendo lo que queda del café. Goncalves echa dos terrones de azúcar en el suyo y comienza.

—Es un trabajo grande. Dentro del país. Bien pago —se detiene en seco y mira fijamente a Ludueña, moviendo mecánicamente la mano que revuelve el café. Espera.

Ludueña mira hacia la calle.

—¿Cuántos intervienen? —pregunta sin apartar los ojos de la ventana.

—En el trabajo, quince. No sé cuántos en el grupo que paga.

—¿Tiene algo que ver con lo que hice anteriormente?

Goncalves inmoviliza la mano que revuelve, sin soltar la cucharita, sin sacarla del líquido, que forma un remolino microscópico a su alrededor.

—El trabajo propiamente dicho sí. El grupo que lo contrata no.

—¿Es nuevo?

—Regular. Unos dos años. Más que nada es distinto.

Vuelven a quedar en silencio. Goncalves deja la cucharita a un lado y vacía el pocillo con dos sorbos rápidos. Lo deposita sobre el plato y espera.

Ludueña enciende con lentitud un cigarrillo: hace doce años que trabaja, esporádicamente, con Goncalves. «El chiquito me conoce los gustos», piensa. «Así que el trabajo no debe ser inaceptable. Pero es la primera vez que lo noto nervioso». Deja escapar el humo por la nariz. «Debe ser algo nuevo. Aunque parece querer que lo acepte».

—¿Qué hay que hacer?

Goncalves parece despertar. Se adelanta un poco, con los ojos enormes tras los cristales.

—Manejar un coche. Rápido, bien y en condiciones difíciles.

Ludueña sonríe. Esperaba otra cosa.

—¿Como en Paso de los Libres? —pregunta sonriendo.

—No, un poco más pesado.

Deja de sonreír. Levanta un trocito de medialuna del plato y lo mordisquee. Con la otra mano apaga el cigarrillo en el cenicero.

—¿Tengo que decidirme ahora?

—No —dice Goncalves, aliviado.

Abre el portafolio y saca una tarjeta con una dirección y una fecha anotadas con su letra pulcra y precisa.

—La memoriza y la tira —agrega.

—De acuerdo —dice Ludueña y la guarda en el bolsillo del pantalón, junto al fajo de billetes. Luego, llama al mozo.

—Lo invito a comer —le dice a Goncalves, que se ha sacado los anteojos y tiene un aspecto más humano, más cansado.

—No puedo hoy. Tal vez el sábado.

—¿En el Santa Rosa?

—Sí.

—A las doce y media.

—Perfecto.

Goncalves aparta la silla, toma el portafolio y se aleja. Abre la puerta y su pequeña estatura desaparece de pronto en la corriente que desfila afuera. Ludueña espera un momento, paga y se levanta. Vuelve a balancearse entre las mesas. No han pasado más de quince minutos. Decide regresar caminando.

## II

Se descuelga del ómnibus tres cuadras antes, por las dudas. Mientras camina por la ancha calle arbolada,

mira dos o tres veces hacia atrás. No lo siguen. Al menos no ve a nadie sobre la vereda desapareja, destruida por las raíces. Sonríe. Ya está trabajando, cuidando algunos detalles. «A lo mejor ya acepté».

Es un bar viejísimo. Los vidrios tienen mugre de años y apenas dejan ver el interior. La puerta se abre chirriando dolorosamente sobre un local angosto y largo. Hay un mostrador con caño de bronce a la derecha, unas pocas botellas sobre los estantes. El piso de madera está astillado, destrozado en algunos sitios. Hay dos mesitas desaparejas y chuecas y cuatro sillas de distinto tamaño y color. El hombre acodado sobre el mostrador, con una barba de tres días, la calva sucia y los dientes amarillos de nicotina, no se mueve ni un milímetro. Se limita a medir la camisa de Ludueña, la peinada impecable, el balanceo que lo acerca.

—Vengo de parte de Goncalves —dice Ludueña con seriedad, sin tratar de ganar su simpatía.

Tarda casi medio minuto en moverse. Murmura: «Ah, sí, espere un momento». Luego arrastra los pies hacia el fondo.

Ludueña distingue ahora un patio con ropa colgada e innumerables macetas con plantas de hojas anchas, suculentas, que filtran la luz en tonos verdosos, hasta transformar el aire en una masa semejante a la del bar. Los movimientos lentos del hombre no tardan en desaparecer en esa selva doméstica. Al rato las hojas vuelven a moverse, y durante un segundo Ludueña puede ver con claridad a un hombre joven, de piel blanca y espeso bigote, que es tragado por la oscuridad del bar, transfor-

mado en silueta por la luz del patio hasta que está a medio metro de él y le tiende la mano.

Lo invita a sentarse en las sillas tambaleantes e incómodas. Le pregunta qué quiere tomar. Ludueña prefiere una caña y aprovecha la pausa para estudiar al muchacho. Aunque tiene puesta una camisa gastada y calza chancletas, de alguna manera desentona aún más que él dentro del bar. «Un refugio pasajero», piensa. «Nada más que para el contacto y este trabajo». Deja la idea flotando, sin confirmar: es tan posible eso como que haga años que el muchacho vive allí.

Los dos beben en silencio. Al fin, el muchacho pregunta si Goncalves le explicó.

—Algunos datos —dice Ludueña y los cita, como si los tendiera sobre la mesa—. Me gustaría saber exactamente cuál es el trabajo.

El muchacho duda, le mira el rostro delgado, las manos. «Me estudia», piensa Ludueña. «Es como si estuviéramos jugando a los naipes».

—Está bien —dice el muchacho y amplía, sin citar fechas, nombres ni lugares, los datos de Goncalves. Donde él dijo que tiene que manejar un auto rápido y bien en condiciones difíciles, el muchacho explica las velocidades, el recorrido posible, las exactas condiciones difíciles. Y por último el precio. Una buena suma, no exagerada: como para vivir un año tranquilo. El muchacho la pronuncia con claridad, explica el pago en tres partes. Se detiene como una rueda, lentamente, y espera.

«El clásico momento clave», piensa Ludueña. «La aceptación o la negación».

—¿Cuándo será el primer pago? —pregunta para ganar tiempo.

—Ahora.

—¿En el auto iría solo?

—No. Con un acompañante armado.

—Me gusta trabajar solo —dice Ludueña con pereza. El muchacho se pone imperceptiblemente nervioso.

—No hay elección. Tiene que ir un acompañante.

«Ahora parece que estuviéramos jugando al ping-pong», piensa Ludueña, satisfecho de la firmeza del muchacho. Y dice la última frase.

—¿Cómo saben que sirvo? ¿Qué no voy a fallar?

Es un tiro al aire, para ver cuánto saben. La respuesta lo sorprende. El muchacho habla mecánicamente, con voz neutra (una fecha, un nombre, un lugar geográfico, un tipo específico de mercadería). Ludueña ve desfilar todos y cada uno de sus trabajos anteriores. Lo interrumpe dos años antes del último.

—Está bien, está bien.

Quedan otra vez en silencio. Ludueña se estira con el índice y el pulgar el labio inferior, se rasca con una uña el pelo aplastado y negro. Apoya las manos sobre la mesa y mira al muchacho.

—Acepto —dice.